

facultades propias, con su restricta naturaleza, osaba dirigir al pueblo proclamas, arrogándose los poderes judiciales y legislativos, como ésta: «Pueblo soberano, suspende tu venganza; la justicia dormida recobrará sus derechos, y todos los culpados morirán en el patíbulo». Así, llevaban á su presencia un perdido, acusado de haber puesto á buen recaudo prendas del Rey encontradas en los sacos de las Tullerías; pues la Municipalidad lo condenaba ó absolvía; según su guisa. El Municipio daba veneras y cintas multicolores, por las cuales se pierden los franceses; visitaba las prisiones; expedía comisarios á los ejércitos; decretaba el arresto de todos aquellos que aparecieran sospechosos del menor odio á la revolución triunfante; distribuía la fuerza pública después de imponerle una ordenanza concebida por su caprichoso cacumen; inscribía los nombres de aquellos electores que le disgustaban sobre listas de expulsos, las cuales listas equivalían á listas de proscripción, cuando no de muerte; abrogaba el Consejo provincial, aunque su existencia constase de un modo taxativo en leyes no derogadas; mataba los periódicos reaccionarios si le desplacian, castigando á los escritores realistas con penas corporales en sus personas y con tremendas confiscaciones de sus bienes; procedía finalmente, no como un poder político debiera proceder en los pueblos libres, como procede un poder social en los pueblos esclavos, un poder social, con omniscencia y con omnipotencia, cuya voluntad no tuviera frenos posibles, cuyo imperio no tuviera límites conocidos, creyéndose dioses en ejercicio aquellos regidores oscurísimos. En cuanto algo limitaba su poder y le oponía cualquiera señal indicativa de alguna frontera cercana, suprimíalo, como impuso al Congreso la supresión de cuerpo administrativo, tan indispensable como la diputación departamental, porque este cuerpo, en algún sentido, representaba limitación á sus facultades, jerárquica superioridad sobre los súbditos é improvisados dictadores. Y, respecto de si debía conservarse tal organismo superior ó no debía conservarse, armóse un tiroteo entre la Cámara y la Municipalidad, en que la Municipalidad pretendió discutir y resolver desde la barra cuanto se le antojase, con desacato manifiesto y desconocimiento absoluto del poder supremo. En estos tiroteos aparece amenazadora la siniestra figura del triste Robespierre, como anunciando el vuelco de aquella gloriosa revolución en la dictadura, y el advenimiento sobre Francia de una era tan deshonrosa y tan cruenta como la próxima era del terror universal. En todo se veían, en todo, los prodromos de la crisis. Inútilmente quiso hacer el Congreso en sus postrimerías lo que no quiso hacer en su próspera fortuna y en su grande fuerza; limitar y refrenar los institutos y los poderes improvisados por la revolución opuestos á la legalidad: el torrente impelía con su impetu hacia el abismo los empeñados de alguna manera en oponer á su arbitrariedad la menor limitación. Un empleado de la municipalidad se había, por sí, ante sí, para sí, atrevido á llevarse cierto cañón de plata macizo, colocado en el depósito de joyas; pues se incomodaba y enrojecía como un gallo combatido, porque le mandaban ir los diputados á la barra, preguntán-

dole por autoridad propia los motivos y las razones aducibles para cohonestar con su cargo humildísimo tal soberana temeridad. En vano Vergniaud, que había empleado una de esas maravillosas elocuencias, concedidas por Dios á sus predilectos, en impeler adelante la sociedad, pronunció un discurso de combate al allanamiento de los hogares y á la matanza de los periódicos; el Municipio allanaba cuantos hogares le parecía bien allanar, y acababa con cuantos periódicos le parecía bien acabar, curándose de la elocuencia del orador inspirado, como pudiera curarse de las coplas del proverbial Calainos. En vano los diputados, ante las audacias de los atrevidos regidores se preguntaban unos á otros si la Cámara se creía en el caso de volver por sus fueros; en vano decían, como Lariviere dijo, que después de haber acabado con el viejo despotismo, se levantaba y erguía otro nuevo, mucho más cruel y mucho más espantoso que el antiguo; en vano se recordaban desde la tribuna los derechos naturales de cada ciudadano para que no fuesen malheridos y las naturales divisiones del poder público para que no fuesen acaparados todos los poderes por la Comunidad vencedora: esta corporación revolucionaria siguió su tormentoso camino, y en demostración de que todo lo intentaba, porque todo lo podía, puso la mano sobre aquel Rey guardado por la representación nacional en depósito; se arrojó su necesaria custodia y guarda, designándole, contra dos leyes consecutivas, las cuales habíanle designado el Ministerio de Justicia y el Palacio de Luxemburgo para su real residencia, como Rey en suspenso, una prisión estrecha, como reo convicto, en la terrible y ceñuda torre del Temple.

¡Cuál martirio el martirio de aquella dinastía en la Cámara! Hombres pertenecientes á la República desde sus primeros años, Manuel por ejemplo, después de haber dicho al Monarca y á la mujer del Monarca en sus caras el veinte de Junio que no podía ver los reyes ni pintados; después de haber hecho discursos en apología del pérfido y jesuíta Robespierre; después de pasar encerrado meses y meses bajo el feroz régimen antiguo en sus mazmorras; después de haberse ido junto á un jefe tan revolucionario como Danton la madrugada del diez de Agosto; procurador de la Comunidad improvisada entre los estremecimientos del terremoto; secretario de la Cartera única por los girondinos concedida en el primer ministerio republicano á los dantonistas; comisario, desde los senos del Ayuntamiento expedido á los senos del Congreso, para que revocara éste la designación del bello Luxemburgo como domicilio del Rey caído, y designase la fortaleza del Temple; comenzaba en su natural bueno, con elocuencia un poco enfática, pero siempre sincera y leal, á temer ó recelar una catástrofe inmediata en los destinos y suerte de aquella revolución; aperciéndose á retenerla y á refrendarla sobre una pendiente, como la pendiente de crueldad recién comenzada, en aquel minuto, á cuyo término sólo veía su previsión y sólo anunciaban sus presentimientos un inevitable retroceso. Con efecto, mucho pecaran los Reyes, pero el castigo correspondió al pecado, y ningún alma honesta puede asistir á los últi-

mos instantes de un reo en el suplicio, sin estremecerse y adolorarse, aunque merezca el reo su capital irreparable pena. Puede cumplirse la justicia sin refinamientos bárbaros de inhumana crueldad. ¿Por qué hacer presenciar á los Monarcas destronados el proceso de leyes y decretos expedidos para su destronamiento? ¿Por qué, ya rotos, entregados, inertes, añadir al castigo de este destronamiento el insulto sobre los destronados? A quien castigaba con espada, como la espada de una ley severa, no debía herirlo con alfileres ó alfilerazos. Despedaza el león, devora el tigre, quema el fuego de los Césares al mártir en el Circo, pero no lo insultan. Se siente más la bofetada de una befa en el rostro que la cuchilla de un verdugo en el cuello. Al fin, entre los reos había mujeres, y los sentimientos varoniles imponen el respeto de los hombres á las mujeres que nos han llevado en su vientre y nos han á sus pechos nutrido, y quedan en las realidades impuras de la vida siempre como el más puro ideal. Nada podía justificar que se privase de aire á la Reina y á las princesas y al niño, sin que para esta horrible tortura hubiese motivo alguno, ni razón, cuando tantos medios había en el Congreso de preservarlos á cualquier proyecto de fuga, por sus partidarios ideado. Aquella tribunilla, nicho de muertos, donde no entraba para consuelo de los en ella encerrados, ni siquiera la muerte, atormentó como en potro, que no se concluía jamás, á las princesas, nacidas y criadas entre los salones de palacios enormes y los oxigenados aereamientos de jardines sin fin. Aquel niño, de cuya cabeza una corona se caía, sin que lo supiera él, especie de alondrilla encerrada en férrea breve jaula, cuando sus nacientes aspiraciones pedían el espacio infinito, agravaba tantos horrores naturales con el horror inspirado por aquellas sus inhumanas torturas, suscitando ahora mismo profundísima compasión en todas las generaciones. El Delfín se fundía, como figurilla de azúcar, en aquel horno abrasadísimo, á un calor canicular, aumentado por las fraguas de cien pulmones exhalando gases de muerte unidos á los miasmas de odios. ¡Cuán triste aquella moral epidemia! Nadie se acordaba de amortiguar tanto dolor en la madre. Antonieta lo enjugaba con su pañuelo y de tantos roces y de tanto sudor, el pañuelo quedó hecho pedazos y del todo inservible. ¿Por qué, al verla en maternal cuidado, negarle prenda indispensable que pedía, no para ella, para su hijo? El trago de agua ofrecido en siesta calorosa por la compasiva samaritana del pozo en su ánfora luciente á Cristo, muerto de sed, salvó á la Samaria para el género humano y para el planeta todo. Cuando la Reina pidió un pañuelo á uno de los gentiles-hombres que á su lado quedaron hasta el terrible momento de las separaciones supremas, y éste le dió la necesaria prenda, estaba el pañuelo empapado en sangre de los realistas asesinados á la puerta. Uno de los regios domésticos más probados, expedido á una comisión por el Rey, apenas se acababa de separar y despedirse para cumplirla, caía muerto á la puerta, inmolado sin piedad como buey en carnicería por las picas pujantes. Vergniaud, cabeza del Congreso en aquellas apocalípticas horas, no mostró, no, la sensibilidad propia del orador,

al olvidar estas minucias, en las cuales hubieran tenido aquellas víctimas necesarias de la Revolución algunos humanos consuelos que mostraran la piedad universal para los caídos, ya que comenzaban los siervos á vencer y ninguno de los afectos violentos, comprensibles en el combate, moderan y justifican la victoria, como una verdadera y humanitaria piedad. Consentir que la familia real viera casi el asesinato de Carle, su leal servidor, á la puerta misma de aquella infernal tribuna; tenerla todo un día y toda una noche dentro de aquel estrecho zaquizamí que no podía ser sitio y lugar de reposo ni para los muertos, discutir y decretar en su presencia el destronamiento; leer en sus oídos los papeles concernientes á su casa y pasarle por los ojos las joyas que significaban reliquias de sagrados recuerdos; traerla y llevarla del salón de sesiones á los cuartos interiores y de los cuartos interiores al salón de sesiones entre miradas de horror y blasfemias de revolución; dividirles ¡ay! el corazón, separándola de sus servidores habituales para entregarla sin respeto alguno á custodios demagogos, ante los cuales pudo Luis XVI decir con razón que los revolucionarios ingleses aparecían más humanos, pues dejaron su habitual servidumbre al infeliz Carlos I, hasta en el mismo cadalso; picar con alfileres las gargantas para las cuales una segur se preparaba como el corte de la guillotina, paréceme una inútil serie de crueldades, que nunca excusará la Historia.

Desde las siete de la mañana del día diez hasta las dos de la mañana del día once, duraron los torcedores y torturas de la familia real, en quien, excepto Luis, parecía la vida suspensa, cuando no acudió al estómago el hambre, al paladar la sed, al párpado el sueño, como si todos sus órganos se hubieran reducido al corazón para padecer y para llorar. Sabían aquellas infelices víctimas que, mientras ellas iban al improvisado alojamiento de su prisión definitiva, una parte del viejo palacio suyo se caía en brasas á los estragos del incendio; que otra parte nadaba en sangre á los fluores vertidos por las mantanzas; que se cogían los restos humanos disyectos por los regios suelos para consumirlos en voraces hogares y esparcir sus cenizas, mientras carretones de mudanzas y de limpiezas, hechos súbitamente carros fúnebres, después de haber conducido trastos viejos y estiércoles inmundos, conducían en horrible amontonamiento los cadáveres allí en aquel campo de batalla encontrados, al cementerio y al olvido. Los reflejos del volcán de las Tullerías cercano, medio extinto ya; pero humeante, y enrojecido por los purpúreos reverbeos de sus llamaradas postreras, daba en los vidrios de los pasadizos, por donde la familia real iba del Congreso al hospedaje y aumentaban el horror de tan suprema tragedia. Imaginaos el aspecto, que á tan altas nocturnas horas, tomarían, en aquella especie de ocaso infernal producido por las últimas reanimaciones del incendio, los patibularios rostros de la gente que custodiaba las reales personas entre picas, iluminando los corredores con velas de sebo encendidas, las cuales tenían por candeleros las cazoletas de los cargados siniestros fusiles, que aun parecían fulminar y tronar. La embriaguez material de unos, la demencia

revolucionaria de otros, la cara enrojecida de los más, el puño que se crispaba por aquí, el grosero labio que por allá maldecía, el hambre de muchos, el insomnio de todos, recrudecían los odios de los combatientes con los dolores de las víctimas, componiendo así el paso más terrible, y quizás más doloroso, de aquella pasión espantosa. El pobrecito Delfín, acosado toda la noche sobre los senos maternos de Antonieta en sueño angelical, como el que procuran á nuestra desventurada especie los edenes de la inocencia, saltaba y reía sin tregua, pidiendo reposar y dormir en el cuarto de su madre aquella noche, «porque había sido en el encierro muy bueno ante tales hombrotos.» Servida una modesta cena por cuidados de amigos fieles, no de la representación parlamentaria, quien á nada ocurrió para el alivio y consuelo de aquellos desgraciados, ninguna persona de la familia real pudo probar bocado, excepto los dos niños, la duquesa de Angulema y el Delfín de Francia, quienes con apetito cenaron. Satisfecho éste natural apetito, acordáronse los niños del can predilecto, que les acompañaba en sus juegos y les seguía por los jardines. La duquesa de Angulema, ya talludita no insistió en el recuerdo; pero la infancia del nuevo príncipe nos recuerda el interés suyo por una víctima de tal especie, cuando tantas víctimas humanas de menos había que echar y tantos y tantos lloros acerbos había que consagrarles. Servidor leal, intentó el perro seguir á su amito; mas lo debieron reventar las muchedumbres ó lo debió partir un balazo. A esta seguridad el inocente Delfín se retorció en terrible dolor. La Reina, para consolar al niño, le contó que todo se perdía en los naufragios, y que se le desprendieran, en las apreturas de aquellas horas y en las tortuosidades de aquellas vías, del pecho un medallón y de la cintura un reló. Mas, como el niño llorase, la santa princesa Isabel conmovida le reconvinó, mostrándole recelos fundados de dolores más acerbos, á los cuales se necesitaban pedir de Dios que le preservase. Pobrisimo el sitio que para descanso de las fatigas del terrible día y consecución de los reparos del sueño aperebieron y arreglaron los diputados á la familia real. Un relato hecho por autorizado testigo al mismo tiempo que pasaban los sucesos, tengo ante los ojos; el relato de Dufour. Abreviémoslo de anécdotas ó minuciosidades inútiles, y repitámoslo como necesita repetir siempre tal clase de documentos la Historia. Los cuartos destinados al Monarca y su familia en el piso segundo de los fuldenses, abscrito á oficinas, sección del comité directivo, fueron amueblados por este Dufour, á quien ayudó un hermano del publicista que degollara la Mirecourt en los primeros estallidos de la revolución. Así, cargaron dos carros de mudanza con menesteres de dormir, como catres y jergones y camas, por el lado de la calle de San Honorato, próximo al Congreso. Pero, ya cargados, no había quien por un ojo de la cara quisiese llevar á su regio destino tan pobres trastos; los mozos de cuerda huían, tomiendo les costase la vida tal temeridad. Por fin, uno de aquí otro de allá, la mayor parte del mismo Congreso, pudieron sacarse doce mozos, conocidos por su adhesión á las instituciones democráticas, y que, sin riesgo de sus personas, condujeron

aquellos muebles al mezquino alojamiento de los poderosos Monarcas. Seis celdas de monjes componían el refugio. La institutriz de los niños, madame Tourzel, pidió permiso para pasar del hipódromo, donde se celebraban las sesiones, al convento, donde se improvisaron las oficinas del Congreso, y presidió con todos los cuidados propios de una mujer casera en ejercicio al mezquino mueblaje. Y, como enseguida notara la carencia de ropa blanca para que las reales personas pudieran mudarse, comisionó á Dufour en su busca y obtuvo el comisionado que la Duquesa de Granmont le diese camisas suyas y de su marido para los señores y señoras, así como la embajadora de Inglaterra con verdadera solicitud ropitas interiores de sus hijuelos, que se ajustaban al cuerpo del desgraciado Delfín. Mas, en aquel apartamiento, dentro de cuartos miserables, sobre jergones propios de cárceles y hospitales, no halló la familia real el necesario reposo, insultada por los revolucionarios que le dieron, como si diesen agradable serenata, con voceríos estentóreos y estruendos infernales, sin tregua y sin descanso, la cerrada siniestra de sus insultos, en los cuales predominaban y prevalecían los despedidos como balas homicidas al desgarrado corazón de Madame Veto en siniestro cantar, cuyos ecos atravesaban las sienas de Antonieta y repercutían en sus oídos, como el vibrar y el golpear de cien puñales, pues decía lo siguiente con verso uniforme y monótono sonsonete:

«La Reina tenía pensado degollar á todo París».

La noche fué horrorosa para los reyes. Al despedirse, yendo hacia su cuarto Antonieta, no escarmentada todavía de lo mal que le salieran las tentativas reaccionarias; el conato de disolver las Constituyentes, su tenacidad en reunir tropas reales dentro de Paris libre que provocó los furores del pueblo contra la Bastilla, el banquete de los guardias, el paso á Varennes, el veto á las leyes progresivas, el bofetón á los girondinos, el combate de aquella mañana terrible; aun insistía en que les valiera más resistirse con los suizos que entregarse á los diputados, pues muy ciega y muy colérica, imputaba la perdición de su cetro á debilidad natural de su esposo Rey, así como á las complacencias serviles de éste con los revolucionarios exaltados. Agonizando la infeliz por defender la religión católica, rara vez recordaba la palabra Dios en el potro de aquellos terribles castigos, ni la Providencia en los enrojecidos hierros del enorme cauterio social. A causas segundas atribuía todo, completamente olvidada de las causas universales y primeras. Donoso explicaba este misterio, inexplicable para la infeliz princesa, en palabras sublimes, dignas de Bossuet por su austerísima concisión. «Todos los caminos, dice, conducen hoy á los reyes hacia su perdición. Unos se pierden por ceder; otros se pierden por resistir. Donde la debilidad ha de ser causa de ruína, pone Dios príncipes débiles; donde el talento, príncipes entendidos. Para precaver de su muerte inmediata las viejas instituciones históricas, no hay en Europa ningún estadista eminente, ó si lo hay, Dios disuelve para él un poco de veneno en los aires». Antonieta no pudo en toda la noche dormir. De no impedirle su corazón